

# افغانستان آزاد – آزاد افغانستان

AA-AA

چو کشور نباشد تن من مباد  
بدین بوم و بر زنده یک تن مباد  
همه سر به سر تن به کشتن دهیم  
از آن به که کشور به دشمن دهیم

[www.afgazad.com](http://www.afgazad.com)

[afgazad@gmail.com](mailto:afgazad@gmail.com)

European Languages

زبانهای اروپایی

Lautaro Rivara And Fernando Vicente Prieto  
19.02.2022

## ***Geopolitics and Imperialism in Latin America and the Caribbean: A New Condor Plan***

Overlapping and undeclared mechanisms of economic warfare, 'color revolutions', 'lawfare', war neoliberalism, parastatality.



A lot of water has flowed under the bridge since the times of [Maine](#) and since the "classic" coups d'état that Latin America and the Caribbean knew and has suffered throughout the nineteenth and twentieth centuries.



However, there is a clear continuity with respect to that articulation of political, military and communicational devices put at the service of the intervention and our own geopolitical present, although the forms and pretexts of war have shifted towards competences that once had a more distant relationship with strictly military operations.

Preview of the book [\*The New Condor Plan: Geopolitics and Imperialism in Latin America and the Caribbean\*](#) (Editorial Batalla de Ideas / Tricontinental Institute for Social Research, 2022).



Perhaps few remember that the third decade of the twenty-first century began violently on January 3, 2020: with an airstrike on Baghdad International Airport, Iraq. The precision operation was carried out through the Predator B smart drones.

Manned virtually from hundreds of miles away by U.S. operators, they launched two Hellfire R9X air-to-ground projectiles at a convoy of Iranian-backed Iraqi militias. The attack killed the [commander of the Quds Force, Qasem Soleimani](#), the most prestigious military officer in Iran and one of the main architects of peace policy in the Middle East.

Como quien quiere dar a entender exactamente lo contrario de lo que afirma, el por entonces presidente de EE.UU., Donald Trump, aseguró que su gobierno no buscaba un “cambio de régimen” ni tampoco dar comienzo a una guerra. Como fuera, era evidente que “*cambio de régimen*” y “*guerra*” aparecían como dos elementos de importancia para interpretar aquella coyuntura; y también para los tiempos por venir. El asunto, irreductible, era que con tan solo apretar un botón no solo moría un general, sino también las breves esperanzas de paz de una década que comenzaba así, guerrerista y violenta.

Por entonces, una rápida escalada de declaraciones y movimientos militares parecían poner al planeta al borde de una conflagración mundial. En boca de todos, civiles y militares, especialistas y legos, occidentales y no occidentales, sonaba una palabra que parecía ser la clave de bóveda para la comprensión de tan complejos acontecimientos: la geopolítica. En lo que va de este siglo y, más todavía, tras el reto global presentado a la humanidad por la emergencia de la pandemia de Covid-19, la geopolítica parece ya parte de nuestro vocabulario cotidiano.

De la geopolítica de las vacunas, a la geopolítica del petróleo, de la geopolítica imperialista a la geopolítica de la integración, de la geopolítica del clima a la geopolítica militar; parece en vano intentar comprender algo sin ella. Las tentativas liberacionistas de los pueblos no pueden prescindir de la dimensión geopolítica como una herramienta epistemológica, ni tampoco como una mediación estratégica fundamental. Es notorio que el poder se concentra en el espacio de forma desigual. El espacio será, por lo tanto, un terreno privilegiado de la acción política ya sea imperial o antiimperial, colonial o liberadora.



A esta nueva situación global, determinada por la emergencia de Covid-19, se suman otros “*signos de los tiempos*” entre ellos, los indicadores cada vez más evidentes de una nueva transición hegemónica global; el desplazamiento del eje geopolítico del mundo hacia Oriente; el conflicto entre unipolarismo y pluricentrismo; la crisis de las principales instituciones del autodenominado “mundo occidental”; la militarización y paramilitarización incesante de la vida; la consolidación de “nuevas derechas” y la fascistización en proceso de diversos sectores sociales; la nueva revolución tecnológica y la irrupción de corporaciones de nuevo tipo; la desenfrenada disputa por los bienes de la naturaleza, de cara a que la rueda de la hiperproducción y el consumo continúe girando; el agravamiento del cambio climático y de todos los indicadores de la crisis ecológica; la erosión del neoliberalismo como sistema económico —e ideológico— hegemónico; la eventualidad de una crisis económica de magnitud histórica; el declive de los EEUU y el simultáneo recrudecimiento de su accionar imperialista en América Latina y el Caribe. Fenómenos que nos urgen a una reflexión estratégica y situada sobre la actualidad geopolítica de la región en el marco de un mundo convulso e incierto.

#### Nuevas doctrinas y estrategias de intervención

Una conocida anécdota ilustra algunas de nuestras vicisitudes continentales. En enero de 1897, el artista Frederic Remington fue enviado a Cuba por el ‘New York Journal’, propiedad de William Randolph Hearst. Remington estaba allí para cubrir la eventual guerra que habría de desarrollarse, pero nada acontecía. El dibujante dirigió entonces un cable a su jefe, en el que le expresó:

*—Todo está tranquilo. No hay problemas. No habrá guerra. Deseo volver.*

*A lo que Hearst respondió:*

*—Por favor, manténgase allí. Usted proporcione las imágenes y yo proporcionaré la guerra.*

Poco más de un año después, el 15 de febrero de 1898, se produjo la explosión del vapor norteamericano Maine, anclado en la bahía de La Habana. En torno a este episodio, posiblemente una operación de bandera falsa, los medios de comunicación —no solo el de Hearst, sino también el ‘New York World’ de Joseph Pulitzer, convertido hoy casualmente en un prestigioso galardón— difundieron la semántica de la guerra y ayudaron a convencer a la opinión pública de la justicia de la causa norteamericana. Esto dio cobertura ideológica y estímulo político a una acción militar largamente planificada.

Luego de triunfar en la guerra Hispano-Cubano-Norteamericana, EE.UU. tomó posesión de las antiguas colonias españolas de Filipinas, Cuba y Puerto Rico. Así comenzó a consolidar su control territorial en el Caribe, esa “*frontera imperial*” estratégica (Bosch, 1985). Ya en el siglo XX, el dominio de este espacio fue ampliado con la secesión de Panamá, una prolongada ocupación de Haití y República Dominicana y la compra a Dinamarca de las denominadas Islas Vírgenes Estadounidenses. Hoy este es el centro de operaciones del Comando Sur, desde donde irradia su influencia a todo el continente.



Nada es completamente nuevo bajo el sol. Existe una continuidad patente respecto de aquella articulación de dispositivos políticos, militares y comunicacionales puestos al

servicio de la intervención y nuestro propio presente geopolítico, aunque las formas y los pretextos de la guerra se hayan desplazado hacia competencias que en otro tiempo tenían una relación más distante con las operaciones estrictamente militares.

Mucha agua ha corrido bajo el puente desde los tiempos del Maine y desde los golpes de Estado “clásicos” que supimos conocer y sufrir en nuestro continente a lo largo de los siglos XIX y XX. Aquellos asociados aún, en la imaginaria popular, a los desembarcos de marines, los escuadrones de paracaidistas, los tanques en las plazas, los bombardeos de edificios públicos y las proclamas en palcos militares.

A lo largo de su historia como república imperial, EEUU, ha desarrollado doctrinas y corolarios imperialistas que han expresado una serie de justificaciones económicas, geopolíticas, filosóficas y hasta religiosas para su expansionismo. [La Doctrina Monroe-Adams](#) y el llamado [Destino Manifiesto](#) son apenas dos de las más conocidas, pero no las únicas. Estas doctrinas y corolarios han encontrado también su correlato estratégico en diferentes paradigmas de lo que EE.UU. llama su “*seguridad nacional*”, pero que nosotros preferimos denominar como “*doctrinas de intervención*” o de “*contrainsurgencia*”, dado que, con las heroicas excepciones de la [“invasión” de Pancho Villa](#) a los ex estados mexicanos apropiados por los yanquis en 1916, o del asalto al Congreso de EE.UU. protagonizado por Lolita Lebrón y otros independentistas boricuas en 1954, la “*seguridad nacional*” norteamericana nunca ha sido amenazada por las naciones ubicadas al sur del río Bravo.

Por el contrario, un sin fin de excusas han sido esgrimidas para intervenirlos. Desde hace dos siglos, EE.UU. ha desplegado una consistente política de control hemisférico, desde Alaska a la Patagonia, e incluso con proyección hacia la Antártida.

Si bien hay estrategias geopolíticas de largo aliento, durante las últimas décadas se han producido cambios trascendentales en las formas y en los métodos de intervención.

¿Un nuevo Plan Cóndor?



En el último tercio del siglo XX, EE.UU., articuló, dirigió, respaldó, legitimó, una serie de dictaduras militares en todo el continente, configurando así una orientación “clásica” de la Guerra Fría. La articulación de los gobiernos derechistas en América del Sur para detener, torturar y asesinar personas el “Plan Cóndor” fue respaldada por la CIA y el Pentágono, que asesoraron a los dictadores. Se trató de una operación que alcanzó la coordinación incluso con dictaduras de América Central, [como analizó en detalle Stella Calloni](#) (2016).

Hoy, ante un nuevo estado de situación, aquella orientación se reedita, utilizando aún más instrumentos de intervención, pero de manera más opaca y fragmentaria. A la fecha apenas si tenemos algunos indicios y lecturas parciales de lo que sin dudas son líneas maestras de la política imperial para la región. Es a esta política a la que diversos líderes del continente han denominado como el “nuevo Plan Cóndor”.

Uno de los primeros en referirse a este concepto fue el expresidente de Ecuador, Rafael Correa. En septiembre de 2016, en la XVII Cumbre del Movimiento de Países No Alineados (MNOAL), Correa señaló que la región estaba haciendo frente a una contraofensiva imperial que buscaba mellar los márgenes de soberanía recuperados durante los primeros años del siglo XXI, cuando emergieron, producto de las luchas populares contra el neoliberalismo, gobiernos que impulsaron políticas populares y de integración.

Para septiembre de 2016 ya se habían desarrollado diferentes golpes “blandos”, entre los que se destacan el *impeachment* contra Dilma Rousseff, un proceso de destitución de

nuevo tipo, a través del Parlamento. Algo similar había ocurrido en 2012 en Paraguay con el expresidente Fernando Lugo. Incluso un antecedente más remoto, el del derrocamiento del primer gobierno popular del presente siglo, el del haitiano Jean-Bertrand Aristide, se había perpetrado en 2004 con una cobertura dizque “*humanitaria*”. Otras intervenciones, como la de 2009 en Honduras, que derrocó a Manuel Zelaya, y la de 2019 en Bolivia, que desplazó a Evo Morales, tendrían tintes más clásicos, aunque con “*innovaciones*” propias de la época.

En julio de 2021, el propio Evo Morales retomó la idea: “*Reafirmamos que se halla en marcha el Plan Cóndor 2 y debemos acordar medidas para que los gobiernos de la derecha de Latinoamérica no sigan participando en los golpes de Estado bajo la dirección de EE.UU., provocando luto y dolor a nuestros pueblos*”, publicó en su cuenta de Twitter. A continuación, difundió un documento que demostraba la participación del gobierno de Mauricio Macri en el apoyo de la dictadura boliviana encabezada por Jeanine Áñez.

El mismo concepto había sido abordado por el hondureño Manuel Zelaya, para referirse a la utilización de las llamadas “organizaciones no gubernamentales” (ONG) en la guerra de baja intensidad de esta época, en particular contra Nicaragua. Pocas semanas después, el medio estadounidense *The Grayzone* develaría en detalle el esquema de financiamiento gubernamental de EEUU a estas organizaciones.

El paradigma anterior de intervención dominante, conocido como “*guerra asimétrica*”, implicaba la confrontación entre fuerzas convencionales (ejércitos regulares nacionales o fuerzas regulares de ocupación) contra fuerzas insurgentes (formaciones guerrillas, organizaciones político-militares de todo tipo, etcétera). De ahí la doctrina del “*enemigo interno*” común a las políticas de terrorismo de Estado articuladas en lo que se conoció como el Plan Cóndor, cuando el Pentágono, asesoró y articuló a su servicio a las dictaduras militares de América del Sur, en las décadas de 1970 y 1980, e incluso la idea del “*enemigo difuso*” tan utilizada para justificar las guerras en Medio Oriente a partir de la década de 1990.

Como toda variación dentro de una misma línea estratégica, mantiene continuidades. El asedio económico a Venezuela, por ejemplo, es continuidad del bloqueo a Cuba, que también se ha actualizado.



Al día de hoy, el imperialismo norteamericano ha refinado y complejizado hasta el infinito sus métodos de control, intervención y “*cambio de régimen*”, pero muchas veces nuestra capacidad reflexiva se orienta todavía a analizar estrategias en desuso o paradigmas ya caducos. Incluso han cambiado, drásticamente, los actores de la confrontación. Así quedó demostrado ante la imposibilidad de conceptualizar y actuar de forma adecuada frente a las nuevas doctrinas de intervención desplegadas sin solución de continuidad en países como Venezuela, Bolivia, Colombia, Brasil, Argentina o Haití.

Todos podemos reconocer con facilidad un golpe de Estado en su modalidad clásica: pero más opacos nos resultan aún los mecanismos solapados y no declarados de la guerra económica, las “*revoluciones de colores*”, el *lawfare*, el neoliberalismo de guerra, la paraestatalidad, la narcopolítica, el oenegeismo colonial, el intervencionismo humanitario, la violencia sexual transnacional, el terrorismo mediático o la instrumentalización política del ultraconservadurismo religioso.

These are undoubtedly difficult times, already distant from the warmest moments of the Latin American and Caribbean spring. But the imperialist offensive not only maximizes its interventionist efforts and its warmongering deployment, but also its still formidable capacity for intellectual, cultural and moral dispute. That is why we should not be surprised by the proliferation and circulation of the most diverse colonial theories, elaborated in the plants of the enemy and disseminated here as deliberate forms of demobilization and organized confusion in what seems to be a kind of “*new cultural Cold War*”, paraphrasing the title of the [well-known study by Frances Stonor Saunders](#).

The underlying fact is that the U.S. has responded to the challenge of twenty-first century socialism and the emergence of formidable workers, peasants, indigenous, black, feminist and popular economy movements, on the rise throughout the continent since the late 1980s, with a renewed imperialism for the twenty-first century, in which some ideologues still dream of it being “*the new American century*.”

In this imperial counteroffensive what is observed is a multiplication and sophistication of tactics and modalities of intervention. In recent decades, the masking of war has become widespread through activities that traditionally, in liberal doctrine, figured in the field of the civilian. These include communication, culture, justice, religion, humanitarian aid, and so on.

In most cases, the occurrence of these mechanisms will be parallel to the implementation of neoliberalism itself in the continent, or will coincide with regional processes not always synchronized in each of our countries (the demobilization of insurgencies, constitutional changes, structural adjustment policies, the cessation of dictatorships, post-conflicts, etc.). But it is necessary not to lose sight of the fact that part of these doctrines are common to the whole region, and also to the rest of the countries of the Global South: thus, the policy of sanctions suffered by Venezuela will be similar to that applied to Iran, the use of irregular forces will connect Colombia with Syria, or the use of sexual violence as an instrument of transnational territorial control will take us from Haiti to the Congo.



In the two hundred and fifty-four pages of *[The New Condor Plan. Geopolitics and imperialism in Latin America and the Caribbean](#)*, which we had the pleasure of coordinating, twenty authors from Argentina, Bolivia, Brazil, Colombia, Cuba, Ecuador, Haiti and Venezuela systematize these new dynamics of intervention based on concrete cases. We hope that knowledge of these processes will contribute to the debate of the critical intelligentsia, both those who inhabit academic circles and those who do not, and in general, to the reflection on the characteristics of hybrid warfare in a continent without officially declared wars; a phenomenon that, as we understand, is going through the political stage that we are going through and that, for that reason, is here to stay.

Lautaro Rivara and Fernando Vicente Prieto

Edited by [María Piedad Ossaba](#)

Source: [Cronicón](#) , February 16, 2022

La Pluma. Net 17.02.2022